Diálogo de Jerónimo contra los Luciferinos del siglo XIX

Traducción de la Introducción del Diálogo de Jerónimo contra los Luciferinos del siglo XIX e.v., de Una Biblioteca Selecta de los Padres Nicenos y Post-Nicenos de la Iglesia Cristiana, Segunda Serie, volumen VI, pág. 319., edición Erdman, 1892 y reimpresa en 1968. Esto proporciona una nota biográfica a la vida del Obispo Lucifer. El mismo texto en otra transcripción puede encontrarse (en inglés) en el enlace NPNF2-06. Jerome: The Principal Works of St. Jerome | Christian Classics Ethereal Library junto con el Diálogo. Atanasio es el autor del credo Atanasiano, con frecuencia considerado en la Iglesia Católica Romana, segundo en importancia después del credo de los apóstoles.

Este diálogo fue escrito alrededor del 379 e.v., siete años después de la muerte del obispo Lucifer, y muy rápido tras la vuelta de Jerónimo de su vida ermitaña en el desierto de Chalcis. Aunque recibió ordenación de Paulinos, que había sido consagrado por el obispo lucifer, no tenía simpatía por los puntos de vista más estrechos de Lucifer, como se muestra claramente en este Diálogo. Lucifer, que era obispo de Cagliari en Sardinia, recibió noticia prominente por primera vez alrededor del 354 A.D., cuando los obispos occidentales hacían grandes esfuerzos por procurar una condena a S. Atanasio. Él tomó energéticamente la causa del santo, y por su propio pedido fue enviado por Liberio, Obispo de Roma, en compañía del sacerdote Pancracio y el diácono Hilario, en una misión para el Emperador Constancio. El emperador concedió un Concilio, que se reunió en Milán en el 354. Lucifer se distinguió por resistirse a la proposición de condenar a Atanasio, y no vaciló en oponerse al emperador con mucha violencia. En consecuencia de esto fue enviado al exilio desde el 355 hasta el 361 A.D., la mayor parte de ese tiempo lo pasó en Eleuterópolis en Palestina, anque después se fue a la Thebaide. Fue en este tiempo que aparecieron sus escritos polémicos, el tono y el ánimo de los cuales es indicado por los meros títulos De Regibus Apostaticis (De los Reyes Apóstatas), De Non Conveniendo cun Haretics, etc., (De no llevar a cabo comunión con herejes). A la muerte de Constancio en el 361, Juliano permitió que los obispos exiliados regresaran; pero lucifer en vez de ir a Alejandria donde se iba a realizar un Concilio bajo la presidencia de Atanasio para sanar una brecha en el partido Católico de Antioquía algunos de los cuales se adhirieron a Melecius, mientras otros siguieron a Eustacio), prefirió irse directo a Antioquía. Allí ordenó a Paulino, el líder de la última sección, como obispo de la Iglesia. Eusebio de Vercellae pronto llegó con las cartas sinódicas del Concilio de Alejandría, pero, hallando que se le habían anticipado de este modo, y retrocediendo ante una colisión con su amigo, se retiró inmediatamente. Lucifer se quedó, y "declaró que no llevaría a cabo comunión con Eusebio o con cualquiera que adoptara la política moderada del Concilio Alejandrino. Por este Concilio se había determinado que los verdaderos Arios, si renunciaban a su herejía, deberían ser perdonados, pero no investidos de funciones eclesiásticas; y que los obispos que habían meramente consentido con el Arianismo no

deberían ser molestados. Fue esta última concesión la que ofendió a Lucifer, y de ahí en adelante se volvió el campeón del principio de que a ninguno que hubiera cedido a cualquier transigencia, fuera la que fuera, con el Arianismo había que permitirle que gozara de oficio eclesiástico". Así fue conducido al antagonismo con el mismo Atanasio, quien, ya se ha visto, presidía en Alejandría. Eventualmente regresó a su posición Sardinia en donde, de acuerdo con la Crónica de Jerónimo, murió en el 371. El Luciferanismo se extinguió al comienzo del siglo siguiente, si no es que anteriormente.

Apenas parece haberse conformado como una organización separada, si bien se hizo una apelación al emperador por algunos presbíteros luciferinos alrededor del año 384, y tanto Ambrosio como Agustín hablaron de él como que había caído a la brecha.

La discusión del Diálogo puede exponerse de este modo. Se ha señalado anteriormente que Lucifer de Cagliari, que había sido proscripto de su posición en el reino de Constancio por su adherencia a la causa de Atanasio, se había ido, ante el anuncio de tolerancia en el advenimiento de Juliano (361), a Antioquía y había consagrado obispo a Paulino. Había entonces tres obispos de Antioquía, Doroteo el Ario (que había sucedido a Euzoius en el 376); Melecius que, si bien en opinión era Atanasiano, había sido consagrado por Arios o Semi-Arios, se rehusó a reconocer como obispos a los que se habían pasado del Arianismo, si bien aceptaba a los legos que habían sido bautizados por Obispos Arios. Esta opinión condujo a la brecha luciferina, y forma el tema del Diálogo.

El punto alegado por ortodoxo de parte a parte es que, ya que el luciferino acepta como válido el bautismo conferido por obispos arios, es inconsistente de él no reconocer a los obispos que se han arrepentido de sus opiniones arias. El luciferino al principio en su vehemencia, declara que los arios no son mejores que los gentiles; pero ve que ha ido demasiado lejos, y se retracta de su opinión. Sin embargo una cosa es, dice él, admitir a un neófito penitente, y otra admitir que un hombre sea obispo y celebre la Eucaristía. No deseamos, dice él, excluir a individuos que han caído del arrepentimiento. Y nosotros, responde Ortodoxo, al admitir obispos no sólo los salvamos a ellos sino también a sus rebaños. "La sal", dice el luciferino, que ha perdido su sabor no puede ser salada", y, "¿Qué comunión tiene Cristo con Belial?" Pero esto, se le contesta, demostraría que los arios no pueden conferir el bautismo. Sí, dice el objetor, ellos son como Juan el bautista, cuyo bautismo necesitó ser seguido por el de Cristo. Pero, se le responde, el obispo da el bautismo de Cristo y confiere el Espíritu Santo. La confirmación que sigue es más bien una costumbre de iglesias que el medio necesario de gracia.

Se siente que la discusión se acerca a una logomaquia filosófica, pero es resumida por el luciferino. Hay una diferencia real, dice él, entre el hombre que en su simplicidad acepta el bautismo de un obispo ario, y el obispo mismo que entiende la herejía. No obstante ambos, se le responde, cuando son penitentes, deberían ser recibidos.
En este punto, el luciferino cede. Pero desea estar seguro de que lo que ortodoxo recomienda ha sido realmente la práctica de la Iglesia. Esto conduce a un valioso capítulo de la historia de la Iglesia. Ortodoxo recuerda las victorias de la Iglesia, de las que los luciferinos hablan como corruptas. La vergüenza es que, si bien tienen el credo verdadero, tienen muy poca fe. Luego describe cómo los obispos ortodoxos fueron seducidos a aceptar el credo de Arimino, pero después vieron su error. "El mundo gimió para descubrirse ario". Hicieron todo lo que era posible para corregir las cosas. ¿Por qué no habrían de ser recibidos, como todos excepto los autores de la herejía habían sido recibidos en Nicea? Lucifer que era un buen pastor, e Hilario el Diácono al separar su propio cuerpo pequeño en secta habían dejado que el resto fuera presa del lobo. El trigo y la paja han de crecer juntos. Este ha sido el principio de la Iglesia, como lo muestra la Escritura y la costumbre Apostólica, e incluso Cipriano, cuando deseó que los herejes penitentes fueran rebautizados, no pudo triunfar. Incluso

Hilario recibiendo el bautismo de la Iglesia que siempre ha vuelto a admitir herejes arrepentidos reconoce este principio. Nuestro deber es permanecer en esa Iglesia, sus divisiones y su práctica.

Acá está el secreto revelado: Lucifer se volvió un sobrenombre para el diablo cristiano como consecuencia de una peleíta entre dos eclesiásticos, uno que se llamaba Lucifer y el otro que abusó de su posición como traductor de la Biblia para seguir ennegreciendo la reputación de su rival póstumamente. Esto además se combina con el hecho de que San Jerónimo recibió su ordenación de alguien que había sido consagrado obispo por el mismo Obispo Lucifer.